



# Semana Cómica

LIT. MIRALLES, UNION 17.

DIRECTOR: J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA.

CARLOTA DE MENA



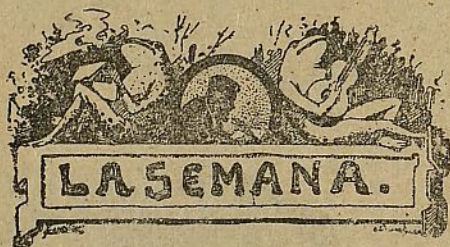
Una gran figura  
y una actriz muy buena,  
que es de las poquitas  
que en España quedan.



## SUMARIO

TEXTO.—*La Semana*, por Luis Royo Villanova.—*Sermón perado*, por José de Diego.—*La patria en peligro*, por (Florete).—*D. Segundo*, por Fernanflor.—*La paga de Navidad*, por J. F. Sanmartín Aguirre.—*Amor y tiempo*, por E. Segovia Rocaberti.—*Por cucuta ajena*, por A. Sánchez Pérez.—*Historia... que no es cuento*, por Eduardo Blasco (*Blas Quito*).—*Chirigotas*.

GRABADOS.—*Carlota de Mena*, por Escaler.—*Del cuerpo de coros*, por Cilla.—*Quien no mira hacia adelante...* por Escaler.—*Trages baratos*, por Escaler.—*Los afligidos y Un problema* por Escaler.—*Por fin*, por Escaler.



La enfermedad de moda tiene más nombres que un vástago de familia Real.

Unos la llaman *Dengue*, otros *Grippe*, otros *Influenza*, otros *Trancazo*...

Yo creo que lo mejor es no llamarla de ninguna manera.

Porque, si la llamamos tiene que venir, so pena de pasar por mal educada.

Como esa dolencia dicen que viene de Rusia—no sabemos si por las ventas de Alcorcón, como sus paisanos de marras—y además aseguran que se inicia por una erupción en la piel, todos los que poseen objetos de piel de Rusia están con mucho cuidado, porque temen que el mejor día le salgan diviesos á la petaca ó aparezcan granos en el tarjetero.

—Vea V. las ventajas del libre cambio—exclamaba un proteccionista—estas cosas son las que nos importan del extranjero.

—Hombre—le respondieron—le importarán á V. si es aprensivo; lo que es á mi me tienen completamente sin cuidado.

El nombre de la nueva enfermedad, su diagnóstico y su plan curativo son objeto de viva discusión por parte de los escritores profesionales y de los médicos de visita.

Claro es que de todas estas disputas quienes pagan el pato son los enfermos, porque ya lo dice el refrán: «Peléanse los toros y mal para las ramas.» Lo único que verdaderamente se sabe es que la enfermedad entra cuando quiere y se vá cuando le da la gana.

La enfermedad libre en el cuerpo esclavo—tal debía ser la máxima del moderno arte de curar.

Compadezcamos al mundo antiguo.

No por su vejez, sino porque también tuvo sus *guirras médicas*.

\*\*\*

A la lotería de Navidad—ó sea el sorteo de las es-

peranzas—ha precedido la quinta—ó sea el sorteo de los temores.

Cientos de personas presencian el acto con el interés del que mirase cien dramas á la vez.

Si el número es alto, la función concluye entre la alegría y la felicidad de una familia; si el número es bajo, cae el telón entre unos padres que lloran y un hijo que se embarca vestido de soldado.

¡Y que cosa tan embustera como una *bola* pueda encerrar tan amargas é indestructibles realidades!

En los extremos de una mesa, dos *bombos* se agitan con una rotación que causa vértigos.

En uno se introducen, se golpean y bullen una infinidad de nombres—aquello parece un calendario suelto;—en otro se agitan y danzan otros tantos números, que representan, ya el pasaje gratis para Cuba, ya la licencia ilimitada, ya un recibo de seis mil reales ó un uniforme de soldado.

Dos niños del Hospicio sacan las papeletas; la esperanza de los quintos pende de aquellas manecitas que agarran la boleta como podrían agarrar una piedrecilla del arroyo.

Los pobres chicos no se dan cuenta de su alta misión; mientras una multitud anhelante les mira con ansiosa curiosidad, ellos acarician nombres y números pensando acaso:

—¡Si estas bolas se volvieran confites!

Como los reclutas son gente joven y la mayor parte de ellos tiene la costumbre y la obligación de madrugar, una hora ó dos antes de que el acto empiece, están los mozos sorteables aguardando en un apretado grupo y sufriendo la baja temperatura propia de la estación.

—¿Donde vas?—preguntan á uno que llega tapado hasta los ojos.

—Al sorteo—responde tiritando.

—¡Si no te sortean aquí!

—Pues ¿no es esta la zona de Barcelona?

—¡Ca! hombre. Esta es la zona... glacial.

Los agentes de quintas hormiguean entre la multitud ofreciendo sus servicios á precios módicos.

No hay para qué hacer la apología ni el retrato de estos personajes.

El oficio tiene sus quiebras. La otra tarde recogieron á uno de esos agentes lleno de lodo y con la ropa hecha girones.

—¿Quién es V. caballero? ¿Se ha hecho V. daño?

—Muchísimas gracias ¡ya verán ustedes! yo me dedico á redimir quintos...

—Pero, hombre ¿por qué se ha metido Vd. á redentor?

LUIS ROYO VILLANOVA.



## SERMON PERDIDO

Bueno será, don Pedro, que recuerde  
que viejo que se caiga de maduro  
no se las debe echar de viejo verde.

Y que ya pasa de castaño oscuro  
que, en cuestiones de faldas, turco sea  
un hombre, como usted, gallego puro  
¡Gallego y á su edad! Usted chochea...  
(y no eche usted la voz á parte mala,  
con esa perversión de que alardea.)

Chochea usted, puesto que tiene á gala  
sostener á su bella *entretenue*,  
cuando es ella, Señor, quien le apunta la

Sepa el ilustre anciano que se engrie,  
cuando lleva del brazo á su corteja,  
que el respetable público se ríe,

mientras la esposa, que olvidada dejó,  
de su infidelidad no se desquita,  
porque no puede ya la pobre vieja.

¡Pobrecita, don Pedro, pobrecita!  
¡Usted, seguro de quedar impune,  
falta á quien ya no es joven ni bonita!

Y eso más grave á su conducta une:  
¡que fuerza es, mientras usted se sacia,  
que la ofendida desarmada ayune!

Y, así, ¿qué gracia tiene su falacia?  
¡Pues ni un tantico, así, como la uña...  
con que mire usted á ver si tiene gracia!

Y no solo su esposa refunfuña,  
ilustre descendiente de los suevos,  
como todo marial... de la Coruña:

la manceba de usted pide mancebos  
y, aunque anda usted con ella siempre á vueltas,  
como cliquillo con zapatos nuevos,  
no están sus plantas, para andar, tan sueltas  
que, como *el otro* Pedro por su casa,  
entren y salgan sin cesar resueltas.

Y no siente su amor lo que le pasa  
y, como le conduce de la mano,  
sus idas y venidas toma á guasa.

Abrasadico va su amor de anciano  
y ama al vuelo su hermana concubina,  
que es una golondrina de verano,

que en los teatros de verano trina,  
y que se vá, mientras usted zozobra,  
*De Madrid á París*, de golondrina.

Su mujer paga: su querida cobra...  
¡y deja usted en las tablas á quien falta,  
por buscar *en las tablas* lo que sobra!

Bien sé, don Pedro, que á la vista salta  
que la una es vieja y enanilla y fea  
y la otra es linda y donairoso y alta;  
pero está la beldad que le recrea  
á merced del primer chiquilicuatro  
que en la escena y en todo la palmea.

Y de ello darán cuenta mas de cuatro,  
que es lo que el sabio Moratín decía:  
*¡Ay del que tiene amor en el teatro!*

Yo la mano en el fuego no pondría,  
—ni en ningún otro sitio, por supuesto—  
jurando su virtud ó su falsía;

pero, como ella es fuego, estoy dispuesto  
á quitarle á usted el puesto, que no ocupa,  
y á ponerla en el fuego... y en el puesto.

Y, si el puesto no deja, iré á la grupa,  
que ya sabré arreglármelas, de modo  
que fume yo, mientras usted escupa.

Verá usted, si á la chica le acomodo,  
cual vamos á correr y, si es preciso,  
con carrera de obstáculos y todo,  
aunque todo ha de estar, por fuerza, liso,  
pues hay túnel abierto en la montaña  
y entrar es fácil, sin pedir permiso.

¿Qué dice usted? ¿Mi pretensión le extraña?  
¿cree usted, don Pedro, que la envidia acusa  
al Fray Gerundio vil que le regaña?...  
Pues no señor ¡la caridad hermosa!

¡la caridad divina me ha impulsado  
á volverle á usted al seno de su esposa!

No estoy, gracias á Dios, tan maleado,  
que vaya á enamorar á su corteja  
por otra cosa que por verle honrado.

Así es que, si ella enamorar se deja,  
la aceptaré, don Pedro, resignado...  
¡todo sea por Dios y por la vieja!

JOSÉ DE DIEGO.

## LA PATRIA EN PELIGRO

—(Esta chica es un portento  
del doméstico servicio.  
Sabe de todo, y aún más...)  
¡Catalina!

—¡Señorito!

—Decías que...

—¿Quién? ¿yo? ¡Nada!

—Pues mira, había entendido...

—No señor; usted ha llamado...

—Sí, sí, es verdad. ¡Qué palmito,

y qué ojos, y qué boquita,

y qué cabello, y que guiños,

y qué garganta, y qué cutis,

y qué donaire, y qué rizos,

y qué manos, y qué pies,

y qué dientes, y qué... ¡Lino!

calma y no te precipites,

que un solterón convencido,

como tú, no debe nunca  
caer en el precipicio;  
y si bien la moza es guapa  
y es singular su atractivo,  
debes guardarte, no sea...  
¡Catalina!

—¡Señorito!

—Pues... como íbamos diciendo,  
tu abandonaste...

—Don Lino,

¡yo no he dicho nada!

—Bueno:

lo digo yo y es lo mismo.

Tu abandonaste la Aldea

hace dos años y pico

por la falta de salud.

—Cabal: ese fué el motivo.

—Te pusiste aquí á servir

á una dama de...

—¡Principios!

—Es verdad, era patrona

y los daba á sus pupilos.

Mas cansada de su genio

avasallador y altivo,

buscaste un nuevo acomodo

y... te viniste conmigo.

—Ciertamente, y no me pesa.

—¿De veras?

—Como lo digo.

¡Es usted tan bueno!

—¿Si?

—¡Tan bondadoso, tan fino!...

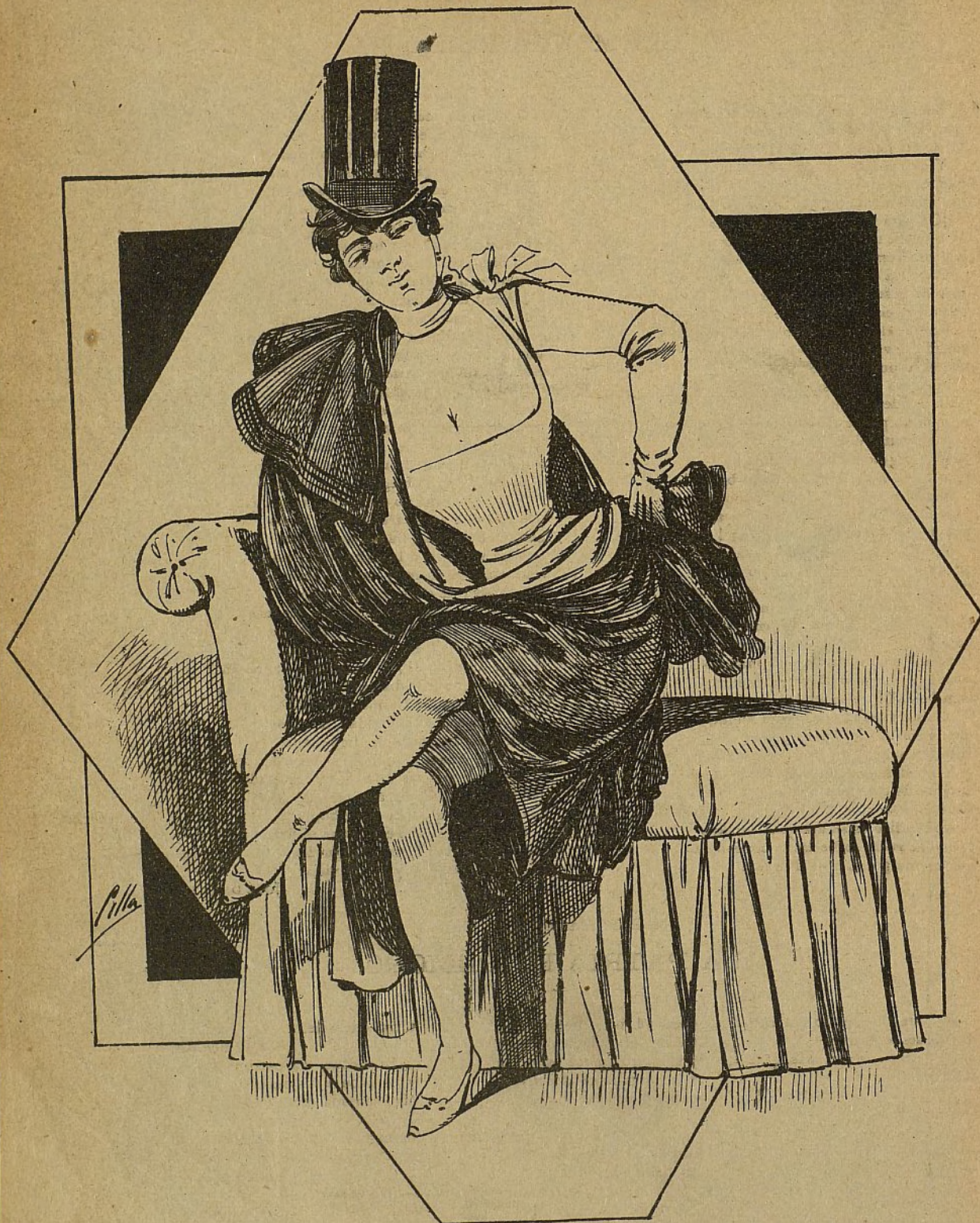
—(¡Canario!)

—Y su genio es tan

dulce y suave...

—(¡En guardia, chico!)



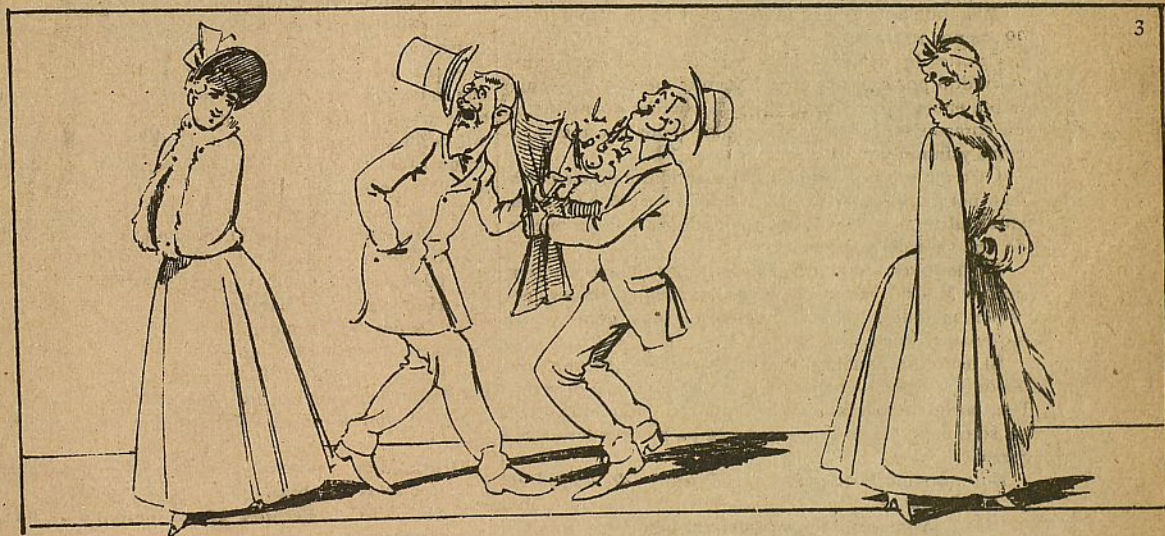
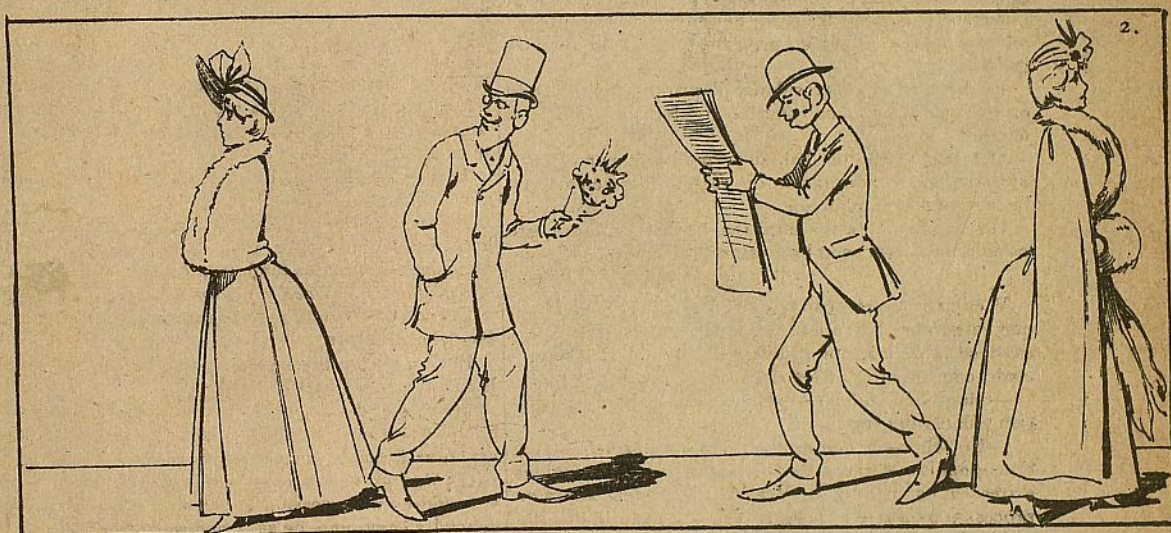


—...y así podrá decir mamá con razón que no es ella sola la que le aguanta la capa al conde...

Ayuntamiento de Madrid



QUIEN NO MIRA HACIA ADELANTE...



Ayuntamiento de Madrid



—Y como á veces me mira de un modo...

—(¡Yo me encandilo!)

—Luego es aún soltero, y bien se conserva...

—(¡Jesucristo!)

—Si se estableciese...

—Basta,

Catalina, te lo pido por lo que mas quieras, dame ese quinqué; (¡aqué peligro!) Coje tú otra luz, y vámonos

á tu cuarto... tú, yo al mío, pues si con arte prosigues trazando mi panegirico... (echo á rodar mis ideas y hago un *celibaticidio*!)

FLORENTINO LLORENTE  
(FLORETE)

## D. SEGUNDO.

Así se llamaba; pero los poetas y los periodistas habían hecho muchas veces preciosos versos y divinas frases para decir que, no era segundo, sino primero. —¡El primero de los hombres!

La conducta de D. Segundo justificaba plenamente estos juegos de palabras. Era millonario, y á pesar de esto se interesaba por sus semejantes. Su corazón era inmenso como sus tesoros. Se ignoraba como había reunido tantas riquezas; pero era público en qué las gastaba.

La fama de su generosidad y filantropía, no cabiendo en su patria, había salvado las fronteras y llenado el mundo.

De países remotos habían venido á España gentes atraídas por la admiración de sus grandes actos á embebecerse contemplándole.

Repitámoslo una vez más: sus hechos justifican esta popularidad, este asombro, estas adoraciones.

Y es que no era posible dar un paso por Madrid sin que su nombre apareciese por todas partes; ya destacándose sobre mármol en letras de bronce, ya pronunciado con respeto por los *ciceroni*.

—Magnífico edificio—exclamaba el viajero:—¿Es algún palacio del rey?

—No señor—le contestaban—es un hospicio donde el magnánimo corazón de D. Segundo tiene recogidos á trescientos mendigos. Vea Vd.; allí salen ahora en procesión para irse á pasear. Vea Vd. cuan lindos son sus uniformes.

Más adelante se encontraba el viajero otro edificio no menos suntuoso.

Pronto le decían:—Un día D. Segundo se levantó oprimido por una angustia horrible; cierto amigo suyo había encontrado en la calle una criatura abandonada. Su corazón se inflamó en amor de todos los recién nacidos y fundó una casa de expósitos.

Otro amigo le dijo que muchos infanticidios reconocían por causa la falta de sitio donde los niños naciesen en el misterio y dedicó algunos millones á la fundación de una casa de maternidad.

Por motivos, en su origen tan fútiles, había sembrado por Madrid varios colegios de niñas, que con su carácter metódico, había dividido en dos géneros: de morenas y rubias.

El asilo de San Bernardino no es más que una imitación del que D. Segundo estableció cuando él vivía. Una tarde que paseaba en el Prado no pudo encontrar un solo amigo que le diese yesca para encender un cigarro...

Entonces fundó su grandioso *Depósito de los pobres de la Candela*.

Pues... ¿cómo reseñar sucintamente los hospitales que le debían su fundación y auxilios, las asociaciones de caridad á que pertenecía, los socorros que daba por medio de los curas de las parroquias y de los diarios

públicos; y en las hambres, las sequías, las inundaciones y las guerras?

Los artistas le debían sus pensiones, las doncellas pobres el dejar de serlo, el país su prosperidad.

La sociedad le rendía culto; y el Gobierno—justo alguna vez en España—le concedió todas las cintas de honor y la bisutería oficial propia del caso.

Cuando D. Segundo aparecía en las solemnidades públicas ó en las grandes recepciones, sobre su aspecto de papagayo imperial, resplandecía, sin embargo la modestia.

El día memorable que ocurrió lo que hoy vamos á referir, D. Segundo había reclinado su filantrópica personalidad sobre la barandilla del balcón principal de su casa.

Esto era señal de haber prestado un nuevo beneficio á la humanidad.

En efecto; si no se había ocupado de los hombres, se había ocupado de fundar un asilo de perros extraviados. Acababa de echar los fundamentos de lo que debía ser con el tiempo *Sociedad protectora de animales*.

Cuando D. Segundo estaba satisfecho de si mismo, se asomaba al balcón.

Era pública esta costumbre y todos los transeuntes le saludaban.

Pero aquel día no le saludó nadie, porque todos los que pasaban por la calle se detenían y aumentaban el grupo ya formado enfrente de su casa.

—¡Algo grave ocurre!—se dijo D. Segundo.—¡Tal vez tendré nueva ocasión de ejercer mi papel de providencia! y envió uno de sus criados.

El criado volvió y dijo:

—Señor: es un mendigo que se muere.

Envió su médico.

—¡Es preciso hacer algo por este infeliz! ¡Un pobre que tiene la suerte de querer morir delante de la puerta de mi casa!... Si vive, le haré un hotel; le daré cinco mil duros de renta y le diré al Gobierno que le conceda un título de barón... Voy á escribir el sueldo para los periódicos.

El médico entró:

—¿Vive aún? preguntó D. Segundo con ansiedad.

—No señor, ¡ha muerto!

—¿Qué desgraciado... soy! exclamó D. Segundo.

—Ha muerto... de hambre—añadió el médico.

—¿De hambre? ¡Imposible! ¿Acaso no sabía ese infeliz que yo existo en el mundo?

—Debía saberlo... ¡El pobre que ha muerto era el que desde hace diez años pedía limosna enfrente del balcón al cual se asoma Vd. todos los días... Sr. D. Segundo!

El gran filántropo miró á su médico con sorpresa y dejó caer estas palabras:

—¿Un pobre... hace diez años... enfrente de mi balcón? ¡Pues no había separado!

Sublime ingenuidad.

FERNANFLOR.



## LA PAGA DE NAVIDAD

(DIALOGO COMICO CONYUGAL.)

Ha llegado Navidad  
Y yo lo deploro, Emilia,  
Porque tal festividad  
Para un padre de familia,  
Es una calamidad.  
¡Qué manera de ¡edir!  
—Es uso.

—Yo lo recuso;  
Porque debes convenir,  
Que más que uso es un *abuso*  
Que no se puede sufrir.  
Tanto gasto, como vés,  
No lo puedo soportar.  
—Economiza.

—¡Eso es!  
¿Qué puedo economizar  
Con treinta duros al mes?  
—En días de Navidad  
Exige la sociedad  
Que á los deudos y parientes  
Obsequiemos con presentes.  
—¡Pues es una atrocidad!  
¡Me pides economías  
Y me exiges nuevos gastos...  
—Es que éstos gastos, Matías,  
Añemas de no ser vastos,  
No se hacen todos los días  
—¡Claro!

—Como es muy probable  
Que, si cual requiere el caso  
No cumples, de miserable  
Te tilden, lo indispensable  
Para salir bien del paso,  
Es...

—Lo sé: echar á correr.  
—No: que prestes atención...  
—¡No presto nada, mujer!  
—Y que des tu aprobación  
A las compras que he de hacer.  
Al diputado rural  
Que te dió la credencial,

Pavo y turrón...

—¡Qué revientel  
¡Bastante le clava el diente  
Al turrón ministerial!  
—Un melón ó una sandía  
Al médico D. Fidel.  
—¡Por poco me mata un día!  
¿Un melón? ¡qué tontería!  
Bastante *melón* es él!  
—Una pava...

—¿Sin cebar?  
—(Cebada) al jefe que suele  
Tus faltas disimular.  
—¡Como otra pava no pele  
Soltero se va á quedar!  
—Para el chiquitín también  
Hay que comprarle un *belen*.  
—¿Un *belen*? ¡Qué cosas tienes!  
Yo le compraría cien.  
¡Mas no estoy para *belenes*!  
—Tu sobrino Romualdo  
Vendrá por el aguinaldo.  
—Desde ahora me hago el sordo.  
¿Qué pretende Romualdo?  
¿Que le haga el caldo gordo?  
—Tengo que hacer provisión  
De moscatel de Alicante,  
Langosta, pavo y turrón.  
—Muy bien: más por precaución  
Provéete de un *Purgante*.  
—También á la niña quiero  
Comprarle unas frioleras:  
una muñeca, un pandero...  
—Mira, compra lo que quieras...  
Pero no gastes dinero.  
—No le tengo... Justamente  
Iba á pedir más.

—¿A mí?  
—A tí nó, precisamente,  
Sinó al vecino de enfrente.  
—¿Y la paga que te di?

—La gasté.

—¡Qué atrocidad!  
—Compré un gaban y un vestido  
Que es una preciosidad.  
—¡Y en el vestido se ha ido  
La paga de Navidad!  
—Me he de arropar en invierno.  
¿Qué quieres, que yo le haga?  
¿Tengo yo la culpa?..

—¡Un cuerno!  
¿Tiene la culpa el gobierno  
Porque anticipa la paga!  
—Pide fiado

—¿Y después?  
—Compraré para la cena  
Pavo trufado.

—¡Eso es!  
¿Comer pavo en Noche-Buena  
Y luego ayunar un mes!  
—¡En Pascuas y sin dinero!  
—¡Ojalá fuese soltero!  
—Llaman

—Si.  
(—Yo estoy en ascuas).  
¿Quién será

—¿Quién? El cartero  
Que felicita las pascuas.  
—Que las tenga muy felices.  
(Creo que voy á estallar).  
—¿Qué le doy?

—¿Qué le das, dices?  
Pienso que le vas á dar  
Con la puerta en las narices.  
—Ahí está el sastre.

—¡Me va á oír!  
—Y el portero.  
—¡Esto es el colmo!...

Diles que se pueden ir;  
Porque venirme á pedir  
Es pedir peras al olmo!

J. F. SANMARTIN AGUIRRE

## AMOR Y TIEMPO

Felisa: por vez primera  
El mes de Enero te ví...  
Y como si nó te viera,  
Pues aunque te vi hechicera,  
Indiferente seguí.

Tras él, Febrero llegó,  
que es el mes de la locura,  
Y en mí su influjo probó,  
Que en Febrero miré yo  
Placentero tu hermosura.

Llegó Marzo y ¡ya se vé!  
Mi corazón no es de caarzo:  
Tan hermosa te miré,  
Que al fin y al cabo, acabé  
Por enamorarme en Marzo.

Vino Abril, de flores mil  
Cubriendo pradera y valle,  
Y me pareció en Abril  
Tu figura más gentil  
Y mas esbelto tu talle.

Y cuando en el mes de Mayo  
Contemplaba tu sonrisa,  
Al sol, que en lento desmayo  
Lanzaba su último rayo,  
Loco te adoré, Felisa.

De Junio y Julio, el calor,  
Hizo que mi afán creciera,  
Y tanto creció mi amor,  
Que era mi pecho la hoguera  
De un volcán abrasador.

Ya de Agosto la templanza  
En mí produjo otro efecto.  
Pobre Felisa, y—no es chanza—  
Quedó de amor la balanza  
En equilibrio perfecto.

Algo se cambió en Septiembre  
Hacia el desvío, es verdad;  
Más en Octubre y Noviembre,  
Y mucho más en Diciembre,  
Pues volví á mi frialdad.

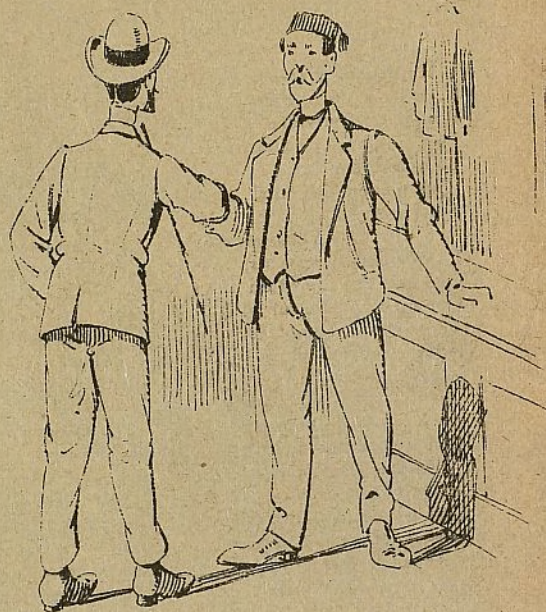
Que en este mundo traidor,  
Felisa, yo te lo fio,  
Como el tiempo, es el amor:  
Frío, templanza, calor...  
¡Y vuelta otra vez al frío!

E. SEGOVIA ROCABERTI.

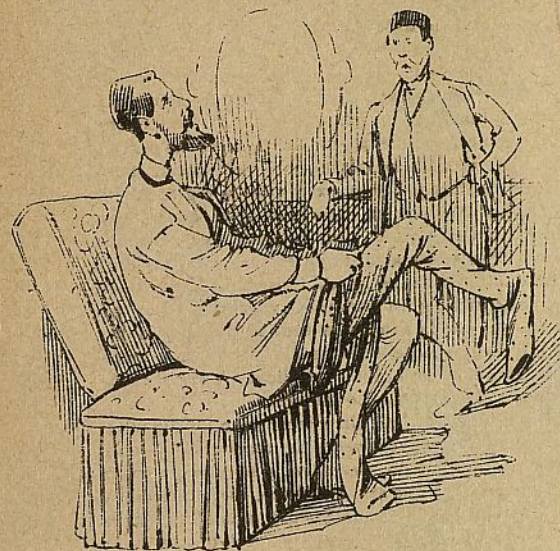




—¿A cuatro duros? Hombre, es barato. Voy á entrar á ver...



—Sí; señor: de los de á cuatro duros.



Probémoslo.



¡Como me mira todo el mundo! ¡Y pensar que por 4 duros voy á hacer una serie de conquistas!..



—¡Diablo! ¡Me parece que se me ha roto algo!



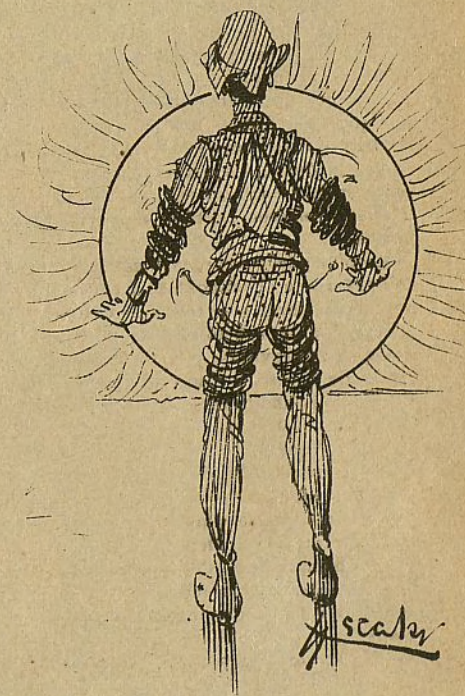
Decididamente, algo se me ha roto.



—¡Anda, anda y cómo llueve!



Y con el chaparrón que cae, se le encoje de tal modo la ropa,



que por último queda convencido nuestro héroe de la eficacia de las ropas de á cuatro duros el terno.



## FOR CUENTA AJENA

*Sic vos, non vobis, fertis aratra boves.*

«Pero, entendámonos: ¿a qué hora empezamos a divertirnos? ¿No dice nada el programa de la función sobre ese particular tan interesante?»

Así preguntaba en voz baja, a su amigo Luis, el noticiero Perico Sánchez, que en representación de un periódico muy leído, asistía a la función inaugural de un teatrillo casero. La fiesta había sido y era (y acaso está siendo todavía), de esas eviternas, que tienen principio, pero no tienen fin; concierto vocal, idem instrumental, drama, lectura de poesías —alusivas al acto,— prestidigitación, baile nacional, idem extranjero, idem flamenco con acompañamiento de *cante jondo*, por un aficionado: ejercicios gimnásticos, cuadros vivos, idem disolventes... etc., etc.; entre estas *elecciones* no estaba incluida la cena, ni cosa análoga, que había sido suprimida por los amos de la casa para que no resultara el espectáculo excesivamente largo. La perspectiva de tantas horas de *arte á palo seco*, aterraba, —no sin motivo, la verdad,— á Perico Sánchez, que, bostezando hasta desquijarse, repitió la pregunta, á la cual Luis le respondió, bostezando también:

—Creo que la diversión ha sido suprimida, como el ambigü.

—¿Te parece que nos retiremos con cierto disímulo? Esto no dará más de sí; podemos considerarlo como visto.

—Me parece muy bien. Vamos á cenar en cualquier parte. Estas malditas funciones de aficionados tienen la virtud de abrirme extraordinariamente el apetito.

Como lo pensaron lo hicieron; es decir, quisieron hacerlo; ambos se encaminaron á la antesala con el propósito de recoger sus respectivos abrigos y sus respectivos sombreros, y de abandonar aquel mezquino templo del arte *para nunca más tornar*, como dijo el otro. La empresa era, no obstante, mucho más dificultosa de lo que ellos se figuraban. La concurrencia había sido numerosísima, superando acaso las previsiones del ama de la casa, y ya fuese por esto, ya por lo escaso de la servidumbre, quizás por ambas causas á la vez, los abrigos no estaban colocados con aquel buen orden que á sus dueños habría convenido; antes por el contrario, hallábanse amontonados, unos sobre otros, en un rincón del recibimiento, como suelen estar colocadas en los anaqueles de ropas hechas las prendas de la misma medida, si bien menos cuidadosamente doblados.

Revolviendo y *escarbando* estaban el periodista y su compañero en aquel confuso y enorme montón de capas, sacos, abrigos de todas las castas y de todas las épocas, cuando acertó á pasar por la habitación que servía de improvisado y mal atendido guardarropa la señora de la casa, y como advirtiese la faena de Perico y de su compañero, fuese hacia ellos y les preguntó con zalamería:

—¿Pero qué es esto? ¿Ya nos abandonan ustedes?

—Con harto dolor de nuestro corazón—dijo Perico llevándose la mano al pecho, aunque sin dejar de revolver con la otra el amasijo de ropas que tenían delante; Luis imitaba á Perico.

—Es demasiado tarde—continuó diciendo Perico,—y quiero pasar por la redacción, aunque solo sea un momento, á fin de dar noticia de esta agradabilísima velada.

—No se burle usted, malo,—dijo aquella buena señora, á quien halagaba lo indecible pensar en que los periódicos hablarían de la función inaugural de su teatrillo.—Pero, mire usted—continuó,—le aconsejo que espere quince minutos más: eso no vale nada para usted, y podrá ver y oír lo más notable de la función.

—El caso es...

—Nada, nada: es exigencia mía; no vayan ustedes á dejarme más fea de lo que soy. Les aseguro que dentro de poco me daran las gracias.

—Desde ahora mismo se las damos á usted, señora.

—Corriente... y para que no vuelvan ustedes al salón, en que les sería difícil entrar, van á venir conmigo al escenario; he dado órdenes muy terminantes y muy severas para que nadie penetre allí; primero, porque aquello, como ustedes van á ver, es muy reducido y á duras penas caben, no muy holgadamente, los que trabajan, y después, porque la gente curiosa en los escenarios sólo sirve de estorbo: ni hace, ni deja hacer. Pero en favor de ustedes padecerá excepción la regla: quiero presentarles á mi protegida. Una muchacha que es una joya; hoy canta en público por primera vez. Aunque no mucho, algo se me alcanza en estas cosas y le digo á ustedes que Cristina (se llama Cristina; bonito nombre, ¿verdad?) tiene gran porvenir... vaya si lo tiene; pero es menester que la ayudemos todos, todos, y sobre todo—dijo dirigiéndose á Sánchez,—los que son maestros y directores de la opinión pública... A ver si sacamos á flote á esa artista... Lo merece.

Los tres penetraron, no sin vencer grandes dificultades, en la salita que hacía veces de escenario, y allá, sentada cerca del balcón, pensativa y al parecer triste, halaron á Cristina, que era, en efecto, hermosísima y elegante. Hecha por la complaciente ama de casa la ofrecida presentación, los dos amigos celebraron muy de veras haber accedido á los ruegos de su guía; sentíanse irresistiblemente atraídos hacia aquella joven, casi niña, en cuyos ojos, de expresivo y dulce mirar, se leía la belleza del alma.

Cristina sabía expresarse con naturalidad y sencillez encantadoras. No alardeaba de modestia con esas exageraciones de mal gusto que están en boca de las artistas adocenadas y de las aficionadas tontas, que son casi todas las aficionadas. De su peregrina hermosura parecía hacer muy escaso aprecio. Ni era demasiado alegre ni era gazmoña; manteníase constantemente en el terreno de la mujer digna y bien educada, que sabe hacerse respetar sin ser arisca, y logra hacerse querer sin ser coqueta.

A los cinco minutos de hablarla, Perico Sánchez, naturaleza impresionable, espíritu vehemente, estaba enamorado como un loco de aquella mujer, á quien ni de vista conocía un cuarto de hora antes. Cuando llegó el momento de que Cristina se presentase en escena, Sánchez y su amigo Luis Vélez, estaban más conmovidos que ella: ella, sin embargo, lo estaba mucho.

Las circunstancias en que Cristina se presentaba en el escenario eran, en verdad, muy poco propicias. El cansancio del auditorio—cansancio justificado después de cinco horas de función y de aficionados—comenzaba á manifestarse en formas demasiado expresivas; el calor era insoportable y faltaba oxígeno á aquella atmósfera saturada de materias malsanas; pero tal es, y tanta, la fuerza de la verdadera hermosura, que la simple aparición de Cristina produjo una tempestad de aplausos.

Murmillos halagadores de sincera y espontánea admiración, salían de todos los ámbitos de la sala; los muchos espectadores que ya se disponían á salir, volvieron á ocupar sus asientos, y los más alborotados poco antes, eran los que ahora imponían silencio con más entusiasmo.

Cristina se había apoderado, sólo con presentarse en escena, de todo el auditorio; como se había hecho dueña, con sólo pronunciar algunas palabras, de Perico Sánchez y de Luis Vélez.

Deer que Cristina cantando arrebató al auditorio, sería decir muy poco; no hay palabras con que expresar el efecto producido por aquella mujer de facultades



excepcionales, de gran corazón, de ejecución incomparable.

Doce ó catorce veces hubo de aparecer la *debutante* en aquel reducido escenario que poco después de bajar por última vez el telón, albergaba á casi todos los espectadores, porque, estos, violando la consigna, y arrollando la guardia, habían invadido, en alud humano, aquel recinto, y solicitaban á voces felicitar á la artista, estrechar su mano, admirarla de cerca. Alguno habló de llevarla en triunfo.

—Ya ve usted—decía á Sánchez la señora de la casa, que resultó ser tía de Cristina,—ya ve usted lo que iba á perder, si yo no acierto á detenerle. Me parece que no se quejará de mis exigencias. ¿No es verdad que vale mucho mi sobrina?

—¡Oh! mucho, mucho, muchísimo.

—Pues si usted supiese, ¡qué buena es y qué desgraciada!

—¿Desgraciada Cristina?

—¡Oh! sí, amigo mío: muy desgraciada. Si no consigue contratarse, pronto se verá reducida á la miseria. Ahora mismo debe su subsistencia á la generosidad de algunos parientes que, por desgracia, no pueden llevar su caridad muy adelante. Pero ya es tarde y le estoy entreteniendo demasiado. Le devuelvo su libertad; antes le secuestré, ahora le despidó... ¡Ah! á ver si hace usted un buen articulito... ¿eh? Uno de esos trabajos primorosos que leemos siempre las señoras con tanto gusto. Hable usted muy bien de Cristina; lo merece ¿verdad? Yo, en cambio, además de agradecerse mucho, le recompensaré refiriéndole circunstanciadamente la *novela de Cristina*... porque, aunque es historia y muy triste, novela parece. Es interesantísima, y con tal que me cambie usted los nombres, le autorizo para publicarla. ¿Acepta usted el trueque?

—Con mucho gusto; en él gano más que nadie; como que para mí es ganancia todo. El artículo, porque habré de escribirlo en justicia; la historia, porque, además de interesarme mucho la heroína, me dará asunto para una novela. ¡Descontentadizo habría de ser quien, en mi lugar, no se diese por satisfecho!

—¿Quedamos conformes?

—Del todo.

—¿Cuándo saldrá el artículo?

—Mañana mismo. ¿Cuándo vengo á cobrarlo?

—Cuando usted quiera.

—¿Estará usted mañana en casa por la noche?

—No, voy al teatro de la Comedia. Vaya usted allí; iré con Cristina; deseo que sean ustedes buenos amigos.

—¿Amigos nada más?

—Nada más: mi sobrina es casada.

—¡Ah! —dijo Sánchez,— y encerró tantas amarguras en aquella exclamación, que su interlocutora no pudo menos de sonreírse y de continuar:

—Sí, casada y separada de su marido...

—¡Ah! —dijo otra vez Perico Sánchez, y aquel segundo ¡ah! denunciaba un mundo de locas esperanzas.

—Comprendo la extrañeza de usted, ¡pero no puedo entrar en explicaciones ahora! Eso sería pagar por adelantado, y paga adelantada es paga viciosa. Hasta mañana.

Perico Sánchez escribió el artículo ofrecido, que le resultó una obra maestra, porque lo escribió con sincero entusiasmo é inspirado por el recuerdo de Cristina; al retirarse á su domicilio olvidó, por primera vez en su vida de periodista, los acontecimientos políticos. Pensando en Cristina le sorprendió el sueño, y ya dormido, vió á Cristina, tan encantadora, tan hechicera, tan angelical como la había visto en el teatro. Cuando, ya muy entrado el día, despertó el enamorado Perico, la patrona entró con los periódicos y con una carta de letra desconocida, cuyo sobre abrió apresuradamente el periodista, como si un secreto instinto le advirtiese que

aquella carta se relacionaba, de algún modo, con la aventura de la noche pasada.

¡Aí era, efectivamente: la carta sólo contenía éstas líneas: «Amigo Sánchez: el artículo es precioso. Lo que usted dice en él es justo; pero lo dice usted con tales primores, que es necesario agradecerse como favor. Gracias. Cristina, que ha vertido lágrimas leyéndolo, me encarga que haga á usted presente su reconocimiento de amiga y de artista. Tengo motivos para creer que con ese artículo no sólo ha pagado usted tributo á la verdad, sino que ha obtenido algo inesperado, algo muy satisfactorio, algo grande, que no le pagáramos á usted sino con agradecimiento eterno y sin límites. Que no falte usted al teatro... tenemos que hablar mucho. Acaso me acompañe Cristina.»

Perico Sánchez leyó la carta con íntimo regocijo; una especie de sombra oscureció su frente de pronto... ¡Casada! ¡casada!... murmuró; pero muy pronto la sonrisa iluminó su semblante y de sus labios brotaron, casi imperceptibles, estas palabras: «¿Quién sabe? ¡la amo tanto!... no faltaré al teatro.»

Perico Sánchez no ha vuelto á ver á Cristina.

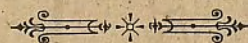
La noche del día en que recibió la carta acudió al teatro, lleno de amor, acariciando esperanzas y batallando con temores que procuraba desvanecer; pero Cristina no estuvo en el palco. La tía de Cristina le explicó entonces el sentido de algunas palabras de su carta. Cristina, separada de su marido hacía ya algunos años, había accedido aquella misma mañana á reunirse nuevamente con él, vencida por las señales de verdadero amor y por las protestas de sincero arrepentimiento que al susodicho marido, algo calavera, había inspirado la lectura del sentido y hermoso artículo de Perico Sánchez: ese artículo, en el cual su autor, dando rienda suelta á su entusiasmo de enamorado, había servido para revelar al esposo, ciego hasta entonces, que poseía, sin darse cuenta de ello, aquel tesoro de gracia, de bondad y de belleza, por tantos otros codiciado.

El trabajo admirable de Perico Sánchez había servido para realizar aquella reconciliación, con la cual Cristina y su tía estaban locas de gozo, porque Cristina amaba á su marido.

Cuando Perico Sánchez conoció el éxito de su artículo, pensó en suicidarse.

Parece que no se suicidó al cabo; pero desde entonces no ha vuelto á escribir artículos laudatorios de ninguna mujer hermosa.

A. SANCHEZ PEREZ.



## Historia... que no es cuento



¿Se acuerdan ustedes de la tía del sobrino del capitán Grant? No hay medio de decirlo con más brevedad, porque la susodicha tía no era la capitana, sino otra que no pertenecía á la milicia ni directa ni colateralmente.

Hablo de aquella tía que al ver apesadumbrado á su sobrino porque no tenía un cuarto, le dijo:

—Toma: gasta lo que quieras.

¡Y le dió dos reales!

Pues bien, á mí hace veintiocho semanas, me salió otra tía por el estilo.

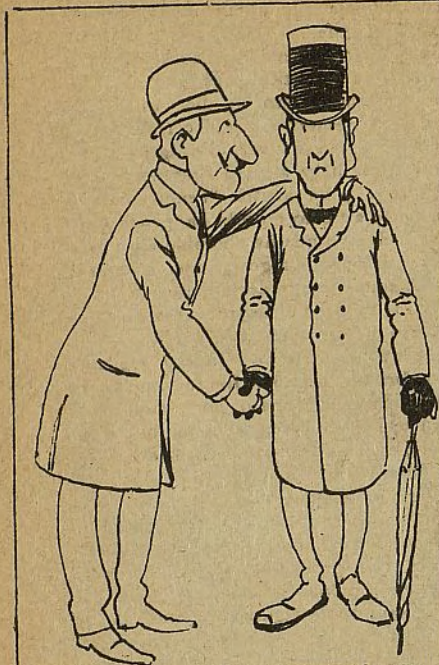
Yo, un desdichado que solo tenía dos obras en publicación, y men de otros trabajos de menor importancia, estaba sumido en la más profunda desesperación.

Una tarde saqué fuerzas de flaqueza y lleno de heroica resolución... me fuí al teatro del Tivoli.

Aquella inspiración fué providencial.

En el primer entreacto y cuando yo había comenzado á suicidarme tomando café con un valor digno

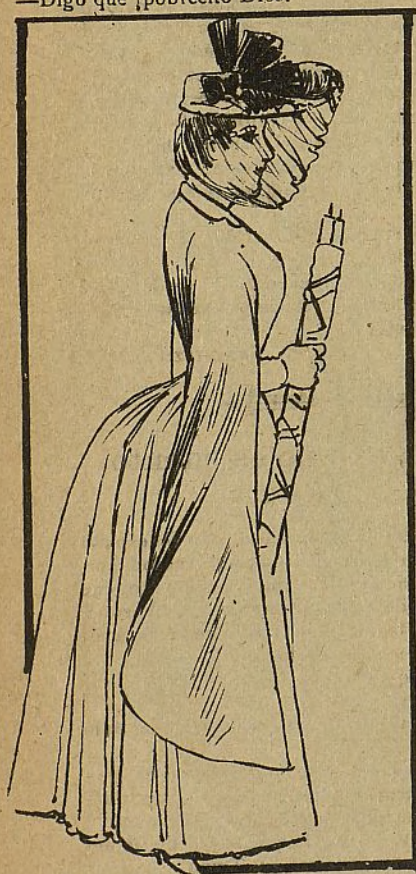




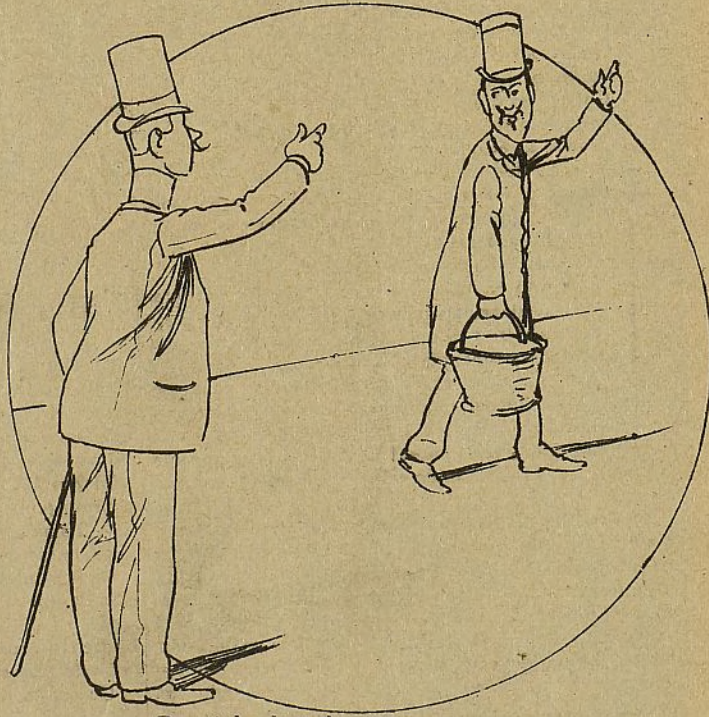
—Nada, ya sabemos lo que es perder á una esposa. Con que consuélate pensando que ahora estará en presencia de Dios. ¿Qué dices?  
—Digo que ¡pobrecito Dios!



¡Aquí descansa Gaspar,  
mi esposo, mi bién; mi encanto!  
¡Falta le hace descansar!  
¡le hice yo trabajar tanto!



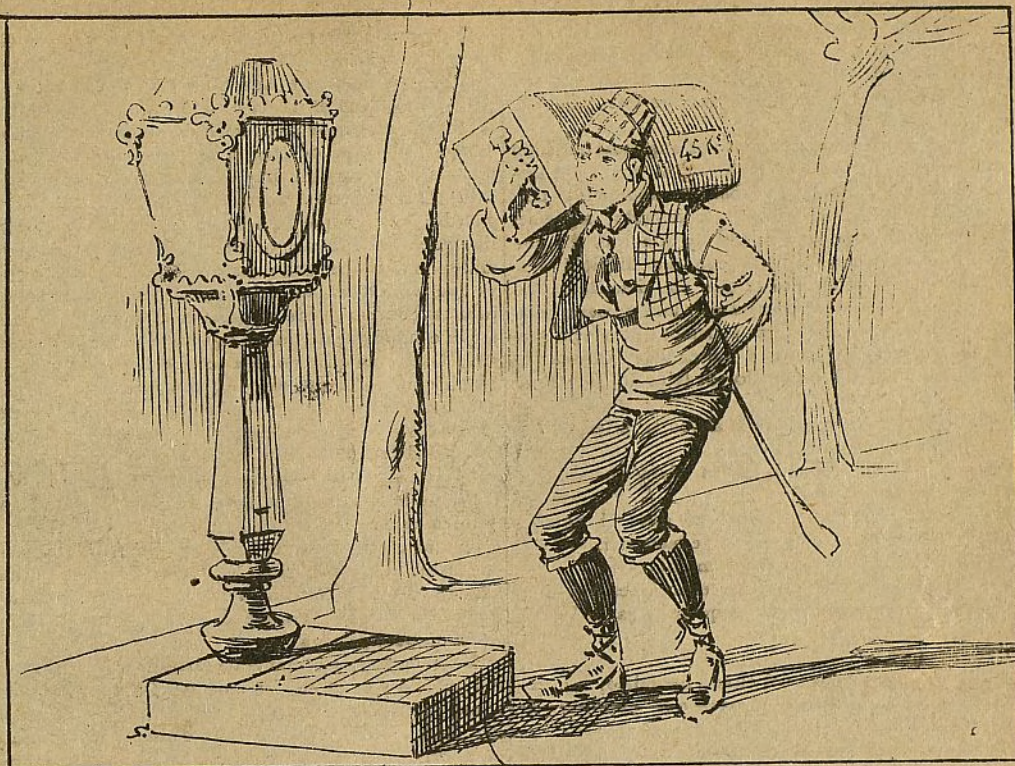
—Dos velas le llevo  
al pobre Gaspar,  
más de dos muy buenas, muy buenas y dulces  
él me hizo pasar.



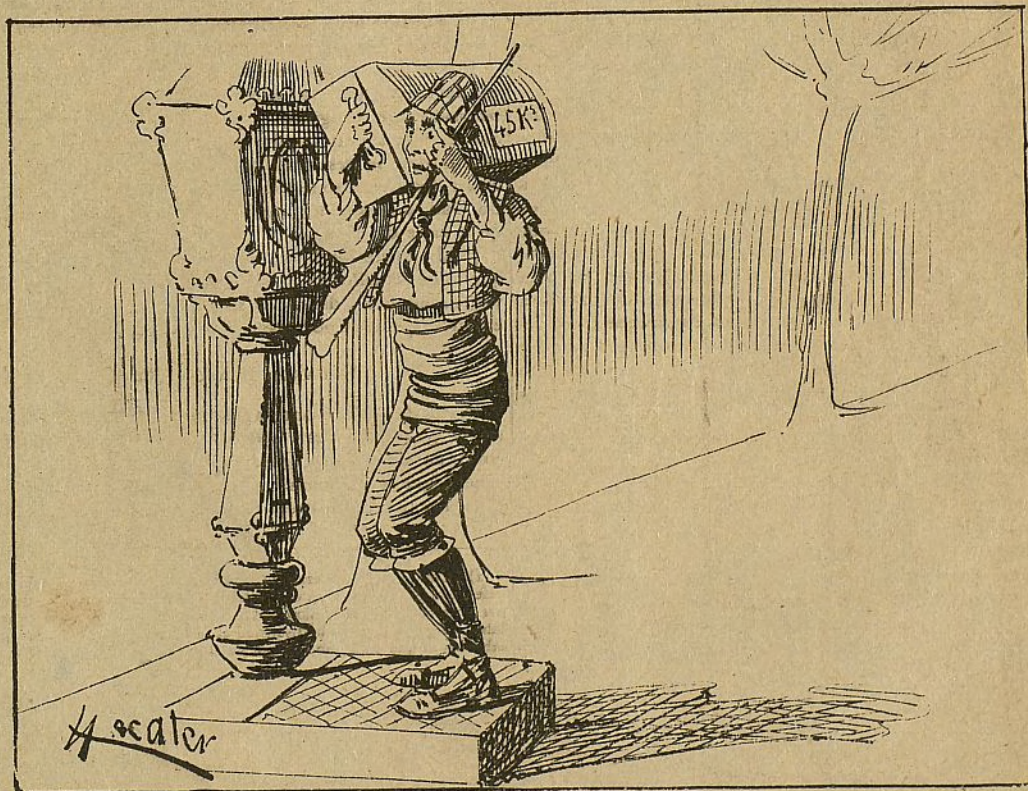
¿—Pero á donde vas?  
—Primero á visitar la tumba de mi mamá política,  
luego la de mi mujer y después á una merienda con los  
amigos ¡juerga completa, chico!



## UN PROBLEMA



—Voy á ver si dende ayer, que me pesé, he ganao ó he perdío.



—¡Contra! ¡Recontra! ¿Pero qué habré yo como pá pesar 45 kilos más!



de mejor causa, aparecióseme, aérea, vaporosa, rebo-sando hermosura y cuajada de pedrería, como las hadas de los cuentos de idem, mi benéfica protectora, mi ángel salvador, la tía de este sobrino: en tres palabras, EMILIO MARTÍN GALI.

—¡Desdichado!— me dijo con voz angelical que sonó en mis oídos y me obligó á sonarme las narices á impulsos de la emoción.—No acabes de apurar esa taza de titulado Moka: tus apuros han concluido; sígueme.

Le seguí, nos fuimos á su casa y mientras él, cogiendo la misma acerada pluma con que dirigió á Manuel Matoses una célebre carta que en siete líneas no contenía más que quince disparates y una grosería, empezó á escribir artículos y más artículos, poesías á granel y sueltos á carros, con una mueca más expresiva que un discurso, me nombró pegador de fajas del *Barcelona cómica*.

Cuando tras de la vena, se le acabó la arteria, dígnose hablarme y cerramos tratos.

¡Oh, dicha! ¡Oh, felicidad! En cinco semanas le arranqué á tirones unos *doce duros*.

Y yo, alma pequeña, en la cual no cabe el agradecimiento, no me avine con semejante bienestar.

Entonces mi tía, es decir, Gali, me dijo:

—¡Oh! joven protégelo: tus exacciones me han arruinado; pero por el mundo va quien paga... Voy á buscarle.

Y le encontró.

Desde el sexto número del citado periódico, un excelente sujeto, á quien no hay para qué nombrar, se encargó de pagarme *cuatro duros semanales*, por escribir la *revista de teatros*, *los infundios y líos*, el *folletín* y la *correspondencia* y por revisar y corregir los originales de los colaboradores, según ya dije en otro artículo y es público y notorio y según venía haciendo desde el principio.

Como al confeccionar el número, temiendo un fracaso, no quise poner mi firma en el folletín, acordamos que iría al final de este.

Así las cosas, siendo yo el verdadero director del periódico, (cosa que el tal Martín ha confesado varias veces y á distintas personas) entre varias razones porque así estaba convenido y porque Gali no sabe escribir, como lo prueba el hecho de que *todos* los artículos que aparecen con su firma están escritos por otro que bien baila; así las cosas, digo, ocurrió que en el número 24 del periódico apreció yo un suceso de una manera, y al serme entregadas las pruebas del 25 para su revisión y corrección, me encontré con que otro redactor (no colaborador) lo juzgaba de opuesto modo y en tales condiciones que intencionada ó casualmente (sin duda esto último) parecía traslucirse el propósito de desvirtuar lo dicho por mí. Entonces planteé la cuestión siguiente: ó se suprime ese párrafo ó yo estoy aquí demás.

Medió un Dolfos en el asunto; hubo discusiones acaloradas, sostuve mi derecho á retirar mis originales, porque el tenerlos cobrados, como era justo, podría obligarme á devolver su importe, más no á consentir una indignidad y por fin, delante de dos personas, una de ellas tan respetable y decente, que estoy seguro de que no me desmentirá, Martín Gali, para desagraviarme, me ofreció despedir al redactor más arriba citado.

Comprendiendo que los inusitados alardes de Gali encerraban gato y para averiguar si este lo era ó si resultaba gata, aparenté aceptar y me fui á la imprenta. Allí se descubrió el pastel y habiendo sobrevenido el tal Martín con un su adlátere, hubo de ponerle como se merecía, delante de diez ó doce personas nada más y mandarle á... algo que hay en números como el de su casa (Hospital-100), porque la educación se ha de guardar para los que la merecen. Así me *despidió* Martín, quien sin andarse por las ramas fué y mandó seguir mi folletín, atropellando descaradamente mis derechos, ya que, *ni lo tenía cobrado*, ni el tenerlo le facultaba para tal cosa, ni puede ampararle el artículo de la ley á que estúpidamente quiere agarrarse y que, sobre referirse al caso de que no sea conocido el autor de una obra, (nunca á casos como el presente en que quien abusa sabe muy bien quien es el autor) hace solo relación á los derechos *materiales* de propiedad, no á la propiedad *intelectual*. Más claro: el editor de una obra anónima, puede lucrarse con ella, no desfigurarla, ni continuarla; y si se le permite lucrarse es solo hasta que sea conocido el autor. Esta es la verdadera historia. Cada una de cuyas partes está corroborada por numerosos testimonios. ¡Bien hizo el que le escribió el último artículo á Martín Gali en titular su engendro: *Historia que parece cuento!*... Porque así solo falta á la verdad en la primera palabra.

Acabemos, pues bastante he abusado de la paciencia del público y de la del director de LA SEMANA (este si que es director). Si no hubiese atentado á mi propiedad Martín Gali, habríame guardado de meterme con él, al despedirme de su periódico. La ha hecho y tiene que pagarla, tanto por mí como por mis compañeros, pues todos á otro escritor le perdonaremos siempre cualquier cosa; á un Gali, nada, ni nunca. Enablada ya la cuestión ante los tribunales, ellos dirán quién tiene razón.

Interin esto sucede, conste que cuanto he expuesto es exactísimo, que la mayor parte de los hechos han ocurrido ante testigos que, en su día, los certificaran y que, en este asunto quedo yo, no por mi afirmación, sino porque se desprende así de lo expuesto, como un escritor decente, atropellado en sus derechos; y él, Martín Gali, mi protector, mi tía... en el número ciento... de la calle del Hospital.

¡Ah! Conste también, por si ustedes no lo sabían, que unos artículos firmados con el nombre, el apellido y el pseudónimo del autor, son libelos cobardes. ¿Que entenderá Martín por libelo y por cobardía?

EDUARDO BLASCO (*Blas Quito*). (1)

Postdata.—Hace once años que escribo en Barcelona; he publicado diez y nueve obras y solo una ha sido continuada por otro, *mediante permiso mio*, lo cual prueba que, en la ciudad condal no abundan, por fortuna, los timadores literarios como Emilio Martín.

(1) Con el presente artículo, que publicamos para no dejar indefenso al Sr Blasco ante el ataque de la parte contraria, damos por terminada esta polémica en LA SEMANA COMICA. No queremos saber quien ha llevado la discusión al terreno en que está. Lo que sabemos es que en él, no debe ni puede seguir —(N. de la D.)





EL SÁBADO

Almanaque de LA SEMANA COMICA

Precio: 2 reales.

\*

Si del alma es espejo  
veraz, la cara  
han de tener, los negros  
muy negra el alma.

\*

A los señores suscritores que nos preguntan  
cuánto les costará el Almanaque, les contesta-  
mos que NADA.

Para ellos es de regalo

A los que v'van en Barcelona se lo llevarán  
nuestros repartidores. A los de fuera se lo remi-  
tiremos el domingo.

Y *pax vobis*

\*

Ayer le ví en el café  
con una mujer, entrar,  
beber, reír y pagar,  
¡Que calavera es *usté!*!

\*

EL SÁBADO

Almanaque de LA SEMANA COMICA

Precio 2 reales.

\*

El roce engendra cariño..  
calor y electricidad.  
¿Quieres rozarte conmigo,  
bellísima Soledad?

\*

Dos Almanques hemos recibido durante  
estos últimos días: el de *La Tramontana*, edi-  
tado con mucho gusto y esmero, que se vende  
á real y el de *La Tomasa*, á dos reales. Forman  
el texto de este último (que me gusta mas que  
el mío) los más celebrados escritores catalanes  
y lo amenizan con sus dibujos artistas de tanta

valia como Apeles Mestres, Pahissa, Labarta,  
Gomez, S'ler, Camins y creo que algun otro.  
Según mis noticias, la edición se vende como  
pan bendito. Y lo cierto es que lo merece.  
Cómprerlo Vds. y me agradecerán el consejo.

\*

EL SÁBADO

Almanaque de LA SEMANA COMICA

Precio: 2 reales.

\*

No me habia equivocado al suponer que el  
público de Barcelona dispensaria una excelente  
acojida al eminente concertista de guitarra, se-  
ñor Gimenez Manjón. Tres conciertos lleva  
dados este ilustre artista, dos en el Principal y  
uno en el Eldorado y en todos tres ha cosecha-  
do una serie de aplausos y ovaciones, que para  
mí los quisiera.

Y hay que reconocer que Manjón lo merece;  
la guitarra en sus manos no es guitarra: es un  
instrumento docilísimo, del que arranca torren-  
tes de armonía arrebatadora. Solo la ejecución  
inimitable de la sinfonía de *Semiramis*—que  
dicho sea de paso, la ha estudiado diez años  
antes de tocarla en público—basta para acre-  
ditar de eminente á un músico.

Hay que verle. Y para oírle, nada como lle-  
garle al Eldorado la noche en que dé su pró-  
ximo y último concierto.

\*

EL SÁBADO

Almanaque de LA SEMANA COMICA

Precio: 2 reales.

Al llano de Vitoria han bajado varios lobos  
acosados por el hambre.

Y al Senado, subieron otros lobos de dos  
pies que saciaron su apetito llevándose una  
partida de libros.

Con motivo de este robo han sido declara-  
dos cesantes unos cuantos empleados del alto  
ancho y profundo Cuerpo.

Una pregunta: si en Correos se siguiera el  
mismo sistema, dejando cesantes á media do-  
cena de empleados por cada *irregularidad* que  
ocurre en el servicio ¿no les parece á Vds. que  
antes de fin de año tendríamos que portearnos  
nosotros mismos las cartas y los periodicos?

Porque si quedaba un solo individuo en ac-  
tivo (y esto no es desconocer que los hay bene-  
méritos) era yo capaz de consentir... en que le  
cortasen las orejas á Mansi.

Im. de Calzada é Hijo Arco del Teatro, 9.



¡POR FIN!

¡¡¡POR FIN!!!  
 SALDRA EL SABADO  
 EL  
**ALMANAQUE**  
 DE LA  
**SEMANA COMICA**  
 2 RS.

## TEXTO DE LOS SEÑORES

D. Luis Ansorena,  
 D. José Borrás,  
 D. R. J. Catarineu,  
 D. José María Codolosa,  
 D. José de Diego,  
 D. J. Fernández Shaw,  
 D. Antonio F. Grilo,  
 D. J. Lorente de Urraza,  
 D. E. de Motta,  
 D. Narciso Oller,  
 D. Manuel del Palacio,  
 D. Juan Pérez Zúñiga,  
 D. Jacinto Octavio Picón,  
 D. José Rodao,  
 D. Luis Royo Villanova,  
 D. Antonio Sánchez Pérez,  
 D. Federico Soler (*Pitarra*),  
 D. Pedro Uguet y Campaña,  
 D. José Zahonero  
 y otros.

## DIBUJOS DE

Apeles Mestres,  
 Cilla, Escaler,  
 Mecachis, Moya,  
 Pellicer,  
 Pons,  
 Vazquez, Velasco  
 y otros.



*Escaler*